

12028 - Cuando el mar era azul.

Finalmente accedí a llevar a mis nietos al acuario. Después de mucho insistir, consiguieron que cogiera mis viejos libros de las estanterías y que los llevara.

Cuando entré por la puerta, sentí nostalgia. Solo quería irme corriendo, salir de aquel lugar. Pero mi nieto más pequeño, Hugo, se había quedado absorto ante los enormes dibujos de las paredes de la entrada, y tiró de mi mano para que siguiera caminando. Saqué las entradas a regañadientes, que costaban un ojo de la cara, y comencé a caminar junto a los tres chiquillos. Íbamos por un gran pasillo lleno de información sobre la vida acuática, pero pasé de largo.

-Abu, entremos a esa sala.- me suplicó Hugo agarrándome la manga de la camiseta.

Suspiré, y dirigí la mirada hacia Andrea y Lucas, los mellizos, que simplemente levantaron los hombros como si eso no fuera con ellos. A esos dos nunca les había entusiasmado la idea del acuario, estaban demasiado ocupados con sus seguidores de redes sociales como para centrarse en un lugar en el que solo había agua e información que no les interesaba en absoluto. Como Hugo seguía insistiendo, caminé pesadamente hacia el lugar que señalaba con el dedo.

Estaba oscuro. Luces artificiales iluminaban unos grandes letreros. En las paredes, gruesos cristales mostraban unas enormes peceras en la habitación. Andrea y Lucas se sentaron en un banco y continuaron grabando vídeos, consiguiendo seguidores, chateando, o lo que fuera que estuvieran haciendo con sus teléfonos. Hugo salió disparado y pegó la cara a uno de los acuarios. Yo comencé a leer los letreros, pero lo que contaban sólo me puso de mal humor.

Miré a mi nieto pequeño, que continuaba buscando los animales. De repente, este ahogó un grito y me miró con una alegría inmensa. Me acerqué lentamente y vi que un pequeño pez payaso se había acercado al cristal. Sinceramente, yo también quedé admirado. Hugo comenzó a dar saltos por toda la sala y se acercó a otro cristal. Pasado poco tiempo, algunos pequeños ejemplares de fauna marina fueron apareciendo. Hugo me preguntó los nombres y yo le expliqué que algunos de esos seres eran medusas. Así fue sucediendo en cada pecera. Mi nieto estaba cada vez más emocionado, y a decir verdad, yo también. Vimos estrellas y caballitos de mar, muchos peces e incluso un tiburón. Hugo saltaba y corría por toda la sala. Una mujer que entró un rato después se quedó mirándolo extrañada, preguntándose qué tenía de emocionante todo eso y leyendo un folleto desconcertada.

Dejé a mi nieto intentando hablarle a una tortuga y volví a sentarme. Llamé a los mellizos para que se acercaran a leer los letreros, o al menos para observar los animales, pero no parecieron muy interesados y simplemente dijeron que irían en un rato. Debían de pensar que era un anciano aburrido.

Cuando me volví para mirar a Hugo, lo vi pegado a un cristal, pero esta vez no parecía emocionado. Tenía una expresión preocupada y algo asustada, y se giró con una mirada triste dirigida hacia mí. Me levanté y me puse a su lado. Ambos nos quedamos un rato observando aquella pecera. No había nada. Ningún animal, ninguna planta. Solo cientos de plásticos vagaban por el agua, sin dirigirse a ningún lugar. Hugo no estaba extrañado, y yo tampoco. Le miré con tristeza, pensando que eso era lo único que había podido conocer en nuestro mundo de hoy. Levantó la cabeza y me observó durante un rato seriamente. Luego señaló hacia otra pecera, y nos dirigimos juntos hacia ella.

-Abu, ¿qué es eso?- preguntó.

Se refería a un animal de ocho patas alargadas que se encontraba encima de una piedra, solitario. Le expliqué que era un pulpo, y me miró sorprendido. Claro que había oído hablar de esos inteligentes animales, pero jamás se lo habría imaginado así. Hugo parecía contrariado.

- Está triste, Abu. ¿Por qué?-

Observé al pulpo. No se movía, se limitaba a estar, sin saber muy bien qué hacer.

-Porque está solo y atrapado.- dije con pesar.

Los dos nos quedamos un rato mirándolo. Después, salimos de la sala y fuimos a la parte superior, que estaba al aire libre. Hacía el calor horrible de costumbre, apoyado por el espeso humo que siempre flotaba en la atmósfera. Tuvimos que resguardarnos del Sol debajo de un toldo, porque no había árboles que diesen sombra.

A lo lejos, se podía distinguir el océano. Lleno de barcos y de un color grisáceo. Hugo lo miró fijamente durante un largo tiempo. Me vi reflejado en aquel niño, curioso, con ganas de descubrir. Recordé mi juventud, en la que me había ganado la vida como empresario petrolero, y había cobrado muchísimo, a causa de destruir el planeta. Miré hacia el suelo, arrepentido.

-Abu.- dijo finalmente Hugo- Cuéntame esa historia de cuando el mar era azul.-